ÍNDICE

Prólogo 7

por R. Horacio Etchegoyen

Prefacio 12

por Estela V. Welldon

- Capítulo 1. La perversión sexual femenina 17
- Capítulo 2. La sexualidad y el cuerpo femenino 32
- Capítulo 3. El poder del útero 51
- Capítulo 4. La maternidad como perversión 67
- Capítulo 5. Las madres que cometen incesto: La sustitución del hijo 84
- Capítulo 6. La madre simbólica en el papel de puta: ¿Quién tiene el control? 101
- Capítulo 7. La maternidad sustitutoria. La puta como sobreviviente del incesto: ¿quién es responsable? 120
- Capítulo 8. Riesgos que se corren al evaluar las capacidades maternas 141
- Capítulo 9. El extraordinario caso de la Sra. H. 151
- Capítulo 10. Bailar con la muerte 160

Epílogo 178

Bibliografía 181

Prólogo

Una larga experiencia clínica acompañada de una continua meditación –que se inició en Mendoza, prosiguió en la Menninger Clinic y culminó en la Tavistock-Portman Clinics de Londres–, le permitió a Estela V. Welldon escribir un libro que significa un aporte a la sexualidad femenina y a la patología de la maternidad.

Un argumento central de esta valiosa obra es una nueva visión de la perversión sexual femenina, que resulta notoriamente diferente de la del hombre. En éste –como lo estableció Freud desde un comienzo y Fenichel desarrolló con lucidez–, la explicación está centrada en la angustia de castración. El hombre sufre permanentemente la amenaza de ver atacado su pene, básicamente por sus deseos edípicos directos; pero este peligro no es de hecho posible en la mujer. La contrapartida de la angustia de castración es, para Freud, la envidia al pene.

Si bien el monismo fálico de Freud fue cuestionado por Ernest Jones, Karen Horney y Melanie Klein, y más recientemente por algunos analistas eminentes de París como Janine Chasseguet-Smirgel y Joyce McDougall, pocos autores pensaron, como Welldon, que la perversión femenina está indisolublemente ligada a la función maternal. Esta idea, que el libro muestra consistentemente, no es fácil de aceptar porque la maternidad aparece siempre pura, inmaculada y sin fallas; y bendito es siempre el fruto de su vientre. Con inteligencia y valentía, la autora se alza contra este prejuicio que une a todos –hombres y mujeres, machistas y feministas–, cuando llega la hora de considerar como una víctima a la mujer.

Ya en el primer capítulo, titulado justamente La perversión sexual femenina, el libro señala que la mujer puede tener perversiones y las expresa con todo su cuerpo, ya que su sexualidad es más difusa, más extendida que la del hombre, como también lo afirman otros autores, por ejemplo Alizade.

Por diversas razones psicológicas, psicoanalíticas y sociológicas resulta más sencillo aceptar que las mujeres sufren la violencia y el abuso y no que son, también, capaces de producirlos. Desde luego Freud sabía perfectamente que hay perversiones sádicas y masoquistas tanto en los hombres como en las mujeres, pero siempre resultaba posible sostener que la mujer sádica usa el látigo como su pene y así queda firme la perversión como intrínsecamente masculina. Lo que trata de explicar este libro –y lo consigue– es que la perversión femenina no va sólo dirigida a su compañero sexual sino más frecuente y solapadamente hacia su hijo. El maltrato, la severidad excesiva al educarlo y los ataques a su cuerpo y su mente, son expresiones de una conducta perversa que por lo general pasa inadvertida para los demás y hasta para la misma mujer.

Corolario de esta negación es que la madre perversa no encuentra al médico que se haga cargo de su enfermedad. Seguras de no ser comprendidas e inclusive de ser censuradas, estas mujeres enfermas y desdichadas no se animan fácilmente a descubrir sus síntomas y sus dolores porque asumen que el médico o la médica las van a tratar como ellas mismas se tratan: con horror y con severidad, sin perdón.

Es un mérito clínico de Estela Welldon saber llegar al corazón de estas mujeres que no se dan sosiego ni esperanza, abriéndoles la oportunidad de acercarse a sus (dramáticos) problemas y a expresarlos.

Después de largos años de reflexión, Welldon concluye que puede aplicarse a la mujer-madre el concepto psicoanalítico de perversión en su sentido estricto, en cuanto está en juego un instinto que falla. La autora piensa que la perversión femenina tiene una raíz lejana: la privación que sufrió de niña frente a su propia madre. Repite así, principalmente para vengarse, la dolorosa experiencia que sintió frente a una madre que le negó la posibilidad de ser y la trató como una parte de ella misma. Desde este punto de vista, la perversión femenina puede entenderse como una defensa maniaca, fuertemente sádica, frente al miedo terrible de perder a la madre.

La importancia de la madre en el desarrollo del hijo o de la hija ha sido estudiada exhaustivamente por muchos investigadores. Paradigma es la madre esquizofrenizante de Lidz; pero nadie pensó, como hace Welldon, en la historia desdichada de una mujer que llega a ser madre con la pesada carga de una infancia dolorosa. El pensamiento psicoanalítico de que somos en buena parte el resultado de nuestra infancia informa toda la reflexión de Welldon, que rescata la marca transgeneracional de la madre (y la abuela) en la hija, que siempre repite la misma y desdichada historia.

Si este destino no siempre se advierte –afirma Welldon– es por la glorificación de la madre en nuestra cultura y el rechazo a admitir que la maternidad puede tener aspectos negativos. De aquí que el tema central de este libro enlace la perversión femenina con la maternidad.

El instinto maternal sin duda existe y lo vemos operar continuamente cuando observamos el desempeño de la mujer frente a su crío; pero, idealización mediante, confiamos demasiado, por no decir ciegamente, en que toda madre va a cumplir con facilidad su cometido. Sin embargo, esto no siempre es así y el instinto maternal puede pervertirse. Es fácil comprenderlo si pensamos que las demandas de todo niño son abrumadoras y no hay madre suficientemente buena para soportarlo a la perfección.

En otras palabras, ser madre es una tarea muy pesada.

Si la posesión del pene define sin ambigüedad al sexo masculino, resulta problemático cómo definir a la mujer. Freud la entiende como la que no tiene pene y lo envidia; Lacan como no-toda, por la falta. Los que cuestionan el monismo fálico consideran, en cambio, que la mujer debe definirse por sus órganos sexuales, la vulva y el clítoris, la vagina y el útero, con sus anexos. El libro que estamos comentando acepta sin vacilar esta última posición; pero señala como específicamente femenina una concepción singular del espacio y el tiempo. La mujer tiene una especial idea del espacio a partir de su útero (y, agreguemos, de su vagina) y también del tiempo que deriva de sus reglas y su reloj biológico. Desde la menarquia, la mujer sabe que su tiempo es finito y que va a terminar inexorablemente con la menopausia. Estas dos condiciones de la mujer tienen importancia decisiva. En estas coordenadas, la incorporación del semen es algo que la mujer realiza activamente; y “Este engullimiento activo es el centro, el comienzo y la esencia de la condición de las hembras”. (La sexualidad y el cuerpo femenino, Capítulo 2). De aquí el poder del útero que trata el Capítulo 3, donde la autora explora el espacio interno y el reloj

biológico. El poder del útero es equivalente al poder del pene, sólo que “Únicamente las mujeres pueden ejercer influencias tan tempranas y decisivas sobre su progenie” (Ibidem); y de allí que su perversión tenga tan estrecha relación con la maternidad.

En el Capítulo 4, La maternidad como perversión, el libro expone en detalle cómo puede pervertirse el instinto maternal, sobre todo a partir de la tendencia al engullimiento y la dependencia. Aquí la autora se siente más de acuerdo con la teoría de la fusión de Mahler (simbiosis) que con la de la envidia de Melanie Klein.

La perversión femenina implica siempre un abuso de poder por parte de la madre, que realiza en contra de sí misma y de sus hijos. La maternidad le brinda a la mujer la ocasión de tener un completo dominio de la situación y ejercitar sobre sus hijos las propias experiencias traumáticas que padeció en su crianza. La que no aprendió por experiencia lo que significa ser amada y cuidada, mal podrá ejercitarla cuando llegue a madre.

Apoiada en los trabajos sobre el filicidio de Rascovsky y otros autores, la Dra. Welldon se pregunta por qué nos es más fácil comprender el crimen de Edipo que el de Yocasta –madre paradigmáticamente abandonadora, si las hay.

En el Capítulo 5, Las madres que cometen incesto: la sustitución del hijo, la autora vuelve a estos interrogantes y señala que el incesto madre/hijo no es menos frecuente que el del padre con la hija, que es más reconocido. La madre tiene siempre un papel preponderante en este drama. La resistencia a aceptar que la madre seduce en el incesto conduce a una profunda escisión de la figura maternal en madre y puta.

Los últimos capítulos se ocupan de la prostitución –que es asunto de un hombre y una mujer– y de la temprana desdicha de la futura prostituta, muchas veces iniciada en la sexualidad por su propio padre (o sustituto).

El libro que estamos comentando se publicó por primera vez en idioma inglés en 1988, y se volvió a publicar en 1992 y 2004. Se tradujo al alemán y fue publicado en 1992 y 2003. Además, se dio a conocer en los idiomas italiano (1995), griego (1997) y turco (2001); mientras que la primera versión en castellano apareció en 1993. La presente edición cuenta con tres nuevos capítulos que la enriquece.

En uno de éstos, Riesgo que se corren al evaluar las capacidades maternas, Welldon expone el caso de una desdichada mujer donde se perpetúa el ciclo doloroso del abuso y la perversión. La Sra. B fue violada por su propio padre y, cuando pudo librarse de él, se unió a Patrick, un delincuente drogadicto que la brutalizó igual o peor que su padre y que terminó muerto por una sobredosis. La Sra. B sedujo entonces a un niño de 14 años que la dejó embarazada. Los padres del muchachito la acusaron de corrupción de menores, por lo cual fue condenada, y su hijo recién nacido fue dado en adopción. La breve psicoterapia de esta mujer convenció a la autora de que los desastres de la vida de la Sra. B resultaron en una constante negación de lo que le estaba pasando, mientras expresaba el deseo de tener otro hijo o de emplearse como cuidadora de niños o de ancianos. Un caso muy elocuente y patético, que la autora convierte en una historia clínica rigurosa y advierte del potencial peligro de estas mujeres.

Otro capítulo que se agrega al libro es también sumamente ilustrativo. Se trata de El extraordinario caso de la Sra. H, que, según dice la autora, la llenó de horror y por un momento la dejó estupefacta e incapacitada para pensar. Le llegó con la sospecha de un caso de síndrome de Munchausen que lamentablemente se confirmó. Incapaz de cualquier sentimiento –y ni decir de autocrítica– esta infortunada mujer le arrancaba a sus niños las uñas y los dedos mientras engañaba a los médicos haciéndoles creer que padecían de alguna extraña afección dermatológica.

Cabe agregar que la infancia de esta mujer no pudo ser más desdichada: la madre la abandonó cuando tenía cuatro meses y el padre la abusó sexualmente desde que tuvo seis años.

Estela Welldon utiliza este horroroso y extremo caso para señalar las diferencias y coincidencias entre la perversión femenina y el síndrome de Munchausen by proxy, que descubrió y describió Sir Roy Meadows en su práctica pediátrica en Inglaterra. Welldon llama la atención y alerta sobre los datos que permitan prever en las mujeres su latente peligrosidad como futuras madres o cuidadoras.

La nueva edición de *Madre, virgen, puta* culmina con una bella conferencia que Estela leyó en su patria durante el V Diálogo Intergeneracional entre Hombres y Mujeres que dirigió Mariam Alizade. Bailar con la muerte es un recorrido a la vez biográfico y teórico de la autora. Recuerda que estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza e inició su formación en la cátedra de psiquiatría, de la que fue practicante y médica. De allí partió en 1962 para estudiar en la Menninger School of Psychiatry de Topeka, Kansas, y de allí viajó al Reino Unido. Trabajó primero en la famosa comunidad terapéutica del Henderson Hospital de Maxwell Jones en Sutton Surrey, Inglaterra. Después se instaló en Londres, donde trabajó en la Portman Clinic desde 1971 hasta 2001, año en que se jubiló. Actualmente es presidenta honoraria de la International Association for Forensic Psychotherapy, de la que fue fundadora. En este breve recorrido autobiográfico, la Dra. Welldon recuerda uno de sus primeros casos, el de un joven atractivo recién casado que padecía una extraña enfermedad, que podría denominarse fetichismo de la goma. Se cubría enteramente con una goma que adquiría en los sex-shops y ésta le provocaba una asfixia autoerótica. Durante su psicoterapia, Estela Welldon pudo comprender este síntoma como una literal segunda piel y lo remitió al momento del nacimiento, cuando estuvo varios meses en la incubadora. En sus primeros meses de vida y en sus actividades perversas, este hombre estaba verdaderamente entre la vida y la muerte. El dramático suceso era, literalmente, bailar con la muerte. Welldon piensa que, más allá de este caso extremo, la perversión juega siempre entre la vida y la muerte, baila con la muerte. En este sentido la autora reitera sus puntos de vista sobre la naturaleza de la perversión, que entiende como una situación límite de desesperanza y terror ante el temido agujero negro de la depresión. Bailar con la muerte, pues, no sólo alude a este juego peligrosísimo entre la vida y la muerte sino también a la defensa maníaca (baile).

En fin, *Madre, virgen, puta*, es un libro que se ha leído mucho. Y se seguirá leyendo: su atenta lectura es hoy más necesaria que nunca.

R. Horacio Etchegoyen
Buenos Aires, 18 de septiembre de 2006